

Políticamente incorrecta

CELSO ALMUIÑA

Hagamos votos para que no se vuelva a repetir el esterilizante debate del proyecto de Reforma de las Humanidades que en su momento puso en marcha la ministra de Educación Esperanza Aguirre. La cuestión es de tal importancia y magnitud como para centrarse en lo que realmente interesa: cómo conseguir la mejor formación básica de los españoles.

Al margen de anécdotas, más o menos significativas, a veces auténticos esperpentos, hay al menos dos aspectos a los que se debiera prestar cierta atención: el de los conocimientos y el de las interpretaciones. Que los alumnos saben poca historia puede ser verdad. Es verdad. Pero esto es únicamente una parte del problema, puesto que nos estamos moviendo en el plano de los contenidos conceptuales; incluso dentro de esta dimensión habría que atender a los procedimientos, habilidades y actitudes a desarrollar e inculcar en el alumno. No es sólo una cuestión de cuánto, sino especialmente de cómo y para qué.

En cuanto a los objetivos a conseguir, punto clave de cualquier currículo, me parece que se debe atender a dos vertientes de la misma cuestión. En cuanto al marco legal, las formulaciones curriculares deben ser claras y precisas, y tratar de engarzar muy bien los dos planos complementarios que los integran por ley: el general (55%) y el autonómico (45%). En la *praxis*, la que en definitiva cuenta, se incurre en la enseñanza de la historia, a mi modo de ver, en las siguientes deficiencias y/o desviaciones: selección arbitraria de los núcleos temáticos, según cada seminario y/o profesor; falta de explicaciones integradas dentro de la historia general (española) y, por lo tanto, con visiones totalmente circulares o ensimismadas (autistas), tantas como comunidades autónomas (17); planteamientos maniqueístas de buenos y malos, donde sobran juicios gratuitos, cuando no peligrosos, y faltan explicaciones; interpretaciones victimistas en función no se sabe bien de qué pendientes agravios históricos, etcétera. Y todo ello en función del objetivo, más o menos declarado, de formar "nuevas conciencias nacionales" (nacionalistas), para lo cual, en algunos casos, se lleva hasta tal extremo el "hecho diferencial" que se terminan sembrando, y algunos cultivando, sentimientos marcadamente xenófobos, con un desprecio olímpico de lo común y de lo que nos une. El lema parece ser: ¡viva la diferencia! o ¡sólo los *diferentes* tienen razón!

No sólo se trata de formular objetivos y programar el *continuum* histórico con mayor o menor detalle, sin saltos arbitrarios y/o aleatorios; hay que prestar especial atención a los "criterios de evaluación", puesto que son decisivos, tanto a la hora de comprobar el grado de conocimientos (instrucción) como de lo que realmente se le ha enseñando u ocultado al alumno. Decir que una enseñanza va a ser más o menos memorística por el número de epígrafes del programa -aparte de hacer un salto mortal del plano didáctico al explicativo- supone desconocer el papel decisivo de los criterios de evaluación, los que en definitiva determinan el grado (profundización) y sobre todo la orientación que se le quiere imprimir a los currículos.

Más que en la programación concreta (epígrafes) es en los fines y en la consiguiente comprobación de resultados donde habría que ser objetivos (desapasionados) y

escrupulosos, dentro, lógicamente, del respeto a la diversidad y particularidades del objeto estudiado (Historia de España), al tiempo que, desde un punto de vista científico y didáctico, a la libertad explicativa, pedagógica y didáctica de los correspondientes seminarios y profesorado; pero todo ello dentro de una programación general con unos denominadores comunes claros, aunque flexibles.

Sin duda, cada uno de estos aspectos necesitaría un amplio debate, puesto que de lo que se trata es de dar una visión integrada del conjunto (Historia de España), al tiempo que dialéctica de cada una de las diversas partes que la componen. Sujeto plural o compuesto, pero, en definitiva, un único sujeto llamado España, sobre el cual no debieran de proyectarse visiones futuristas (proyectismo utópico) donde, más que el estudio del pasado, lo que realmente se busca es instrumentalizar la enseñanza histórica con el fin de ponerla al servicio de lo que cada comunidad autónoma y/o grupo (partido) pretende para el futuro del Estado español, lo cual termina mutilando y/o hipertrofiando aquellas partes e interpretaciones que mejor se acomodan a los respectivos objetivos políticos, respetables en cuanto sean democráticos, pero en absoluto científicos desde el análisis histórico.

Los historiadores, sin duda, nos equivocamos mucho. Por lo tanto debemos profesar humildad científica en cuanto a que estamos ante una ciencia en continua construcción, lo cual no significa comulgar con un "presentismo" chato, en lo que han venido a parar bastantes reconvertidos *con todo el equipo*, los cuales, de acuerdo con la correspondiente escuela norteamericana, parece que vienen a comulgar con que la historia es pura "invención" de los historiadores y, por ende, hay tantas historias como historiadores; de lo que se viene a concluir que la "creación" del espontáneo de turno es tan digna de credibilidad como la del más reputado historiador.

El resultado, fruto del más descarado "creacionismo", es que la historia es una "proyección sobre la pantalla del pasado de nuestros anhelos y frustraciones del presente". De ser así, para qué hacer investigación histórica, mejor dedicarse a la novela histórica o a hacer propaganda, puesto que en definitiva lo que interesa de esa nueva concepción histórica no es la verdad (aunque sea con minúscula), sino la defensa de una "buena causa". Es el fin lo que justifica al pretendido historiador. Se trata de defender una buena causa y con eficacia. Sin embargo, los historiadores sabemos que a lo largo de la historia se han defendido multitud de buenas causas: Inquisición, imperialismo, totalitarismos (izquierdas y derechas). ¿Es el nacionalismo soberanista la buena causa a defender?

Desde este planteamiento, los historiadores estaríamos justificando al fetiche de turno, del cual vendríamos a ser simples voceros o propagandistas. En definitiva, una historia "políticamente correcta" al servicio, una vez más, de los grupos y/o clases dominantes, o por decirlo incluso más drásticamente: "Las clases dirigentes inventan siempre el pasado" (J. Herralde).

De ahí que, para tratar de evitar intromisiones manipuladoras, si efectivamente el marco general debe venir dado por normas superiores (Constitución, estatutos, leyes generales), la elaboración y el desarrollo de los currículos debe estar en manos exclusivamente de los profesionales (historiadores). Afirmación válida, obviamente, para cualquier otra materia: Geografía, Historia de Arte, Literatura, Geología o Matemáticas.

Celso Almuña es profesor de Historia Contemporánea de la Universidad de Valladolid.